

... y cida de todo lo que se ha escrito en esta obra. En los libros de Berault y Henrion, que comprenden la época del largo y feliz reinado de Felipe II, si bien hemos procurado aclarar el cortísimo número de hechos pertenecientes a España que toca casi superficialmente nuestro historiador, nos abstuvimos de multiplicar las notas que hubieran sido necesarias para dar una idea de esta parte de la Historia Eclesiástica de España, acaso la más fecunda en sucesos y personajes eternamente memorables y la más gloriosa de nuestra patria, ya porque hubiera sido preciso mezclar confusamente las noticias de nuestra nación con las que de otros países refiere el autor, ya porque juzgamos más á propósito presentarlas todas reunidas al fin de este tomo por modo de apéndice. No pretendemos, sin embargo, trasladar aquí todas las memorias civiles y eclesiásticas de aquel tiempo, sino pintar solamente el carácter del siglo de oro de España, y hacer ver que su felicidad y gloria nacieron de la constante adhesión del monarca y de todos sus súbditos á la Religión católica, apostólica, romana, y de su firmeza en oponerse y rechazar todo género de errores.

Notorio es el lastimoso estado en que se halló la mayor parte de Europa durante el siglo XVI. El espíritu de Lutero y de Calvino, difundido con extraordinaria rapidez desde el centro de Alemania y Francia hasta las estremidades más remotas del Norte, llevo consigo á todas partes, juntamente con el error y con el odio á la verdadera Iglesia de Jesucristo, la rebelion contra toda potestad legítima. Polonia, Suecia, Dinamarca, Prusia y Bohemia, vieron trastornados repetidas veces sus gobiernos á pesar de los esfuerzos que hicieron algunos de sus principes para contener la herejía y la sedicion. Una guerra casi continua destruyó alternativamente las diferentes partes del cuerpo germánico, donde aspiraba el protestantismo á eternizar su dominacion, como logró establecerla en Inglaterra, secundando el desenfreno de Enrique VIII y los devastadores planes de la impia Isabel. En Francia, la debilidad de los tres hijos de Catalina de Medici, las perpetuas intrigas de los hugonotes, y la altivez de algunos reyes de la Liga, hicieron de aquel reino un vasto campo de luto y horror. Finalmente, las disensiones de las augustas casas de Austria y Francia sobre el reino de Nápoles, que se disputaron en Italia la devastacion, especialmente en la primera mi-

(a) Parece conveniente insertar aquí casi íntegra la presente Disertacion que se publicó hace unos veinte años, aunque ignoramos quién sea su autor.

DISERTACION

EL SIGLO DE FELIPE II

... y cida de todo lo que se ha escrito en esta obra. En los libros de Berault y Henrion, que comprenden la época del largo y feliz reinado de Felipe II, si bien hemos procurado aclarar el cortísimo número de hechos pertenecientes a España que toca casi superficialmente nuestro historiador, nos abstuvimos de multiplicar las notas que hubieran sido necesarias para dar una idea de esta parte de la Historia Eclesiástica de España, acaso la más fecunda en sucesos y personajes eternamente memorables y la más gloriosa de nuestra patria, ya porque hubiera sido preciso mezclar confusamente las noticias de nuestra nación con las que de otros países refiere el autor, ya porque juzgamos más á propósito presentarlas todas reunidas al fin de este tomo por modo de apéndice. No pretendemos, sin embargo, trasladar aquí todas las memorias civiles y eclesiásticas de aquel tiempo, sino pintar solamente el carácter del siglo de oro de España, y hacer ver que su felicidad y gloria nacieron de la constante adhesión del monarca y de todos sus súbditos á la Religión católica, apostólica, romana, y de su firmeza en oponerse y rechazar todo género de errores.

Notorio es el lastimoso estado en que se halló la mayor parte de Europa durante el siglo XVI. El espíritu de Lutero y de Calvino, difundido con extraordinaria rapidez desde el centro de Alemania y Francia hasta las estremidades más remotas del Norte, llevo consigo á todas partes, juntamente con el error y con el odio á la verdadera Iglesia de Jesucristo, la rebelion contra toda potestad legítima. Polonia, Suecia, Dinamarca, Prusia y Bohemia, vieron trastornados repetidas veces sus gobiernos á pesar de los esfuerzos que hicieron algunos de sus principes para contener la herejía y la sedicion. Una guerra casi continua destruyó alternativamente las diferentes partes del cuerpo germánico, donde aspiraba el protestantismo á eternizar su dominacion, como logró establecerla en Inglaterra, secundando el desenfreno de Enrique VIII y los devastadores planes de la impia Isabel. En Francia, la debilidad de los tres hijos de Catalina de Medici, las perpetuas intrigas de los hugonotes, y la altivez de algunos reyes de la Liga, hicieron de aquel reino un vasto campo de luto y horror. Finalmente, las disensiones de las augustas casas de Austria y Francia sobre el reino de Nápoles, que se disputaron en Italia la devastacion, especialmente en la primera mi-

(a) Parece conveniente insertar aquí casi íntegra la presente Disertacion que se publicó hace unos veinte años, aunque ignoramos quién sea su autor.

... y cida de todo lo que se ha escrito en esta obra. En los libros de Berault y Henrion, que comprenden la época del largo y feliz reinado de Felipe II, si bien hemos procurado aclarar el cortísimo número de hechos pertenecientes a España que toca casi superficialmente nuestro historiador, nos abstuvimos de multiplicar las notas que hubieran sido necesarias para dar una idea de esta parte de la Historia Eclesiástica de España, acaso la más fecunda en sucesos y personajes eternamente memorables y la más gloriosa de nuestra patria, ya porque hubiera sido preciso mezclar confusamente las noticias de nuestra nación con las que de otros países refiere el autor, ya porque juzgamos más á propósito presentarlas todas reunidas al fin de este tomo por modo de apéndice. No pretendemos, sin embargo, trasladar aquí todas las memorias civiles y eclesiásticas de aquel tiempo, sino pintar solamente el carácter del siglo de oro de España, y hacer ver que su felicidad y gloria nacieron de la constante adhesión del monarca y de todos sus súbditos á la Religión católica, apostólica, romana, y de su firmeza en oponerse y rechazar todo género de errores.

En efecto, desde los tiempos del gran Recaredo, desde aquella gloriosa época en que los Leandros, Isidoros, Ildelfonsos, Fulgencios, Braulios y otros muchos doctores y Santos renovaron en la península la imagen de los días más felices de la Iglesia y del imperio, no tuvo España edad más venturosa que aquella misma que tan desgraciada fue para las demas naciones. Despues de ocho siglos de una guerra tan mas encarnizada; despues que los últimos triunfos de los reyes católicos Fernando e Isabel redujeron á la nada el poderio de los árabes, y cuando reunidos todos los reinos y dirigidos por un solo cetro pudo entonces España el himno de la victoria y de la union, comenzó el cielo á derramar abundantemente sobre ella las bendiciones que mereciera por su constancia y fidelidad. Una nueva era, mas feliz que todas las que la precedieron, abrióse entonces para este pueblo eminentemente religioso. Todas las virtudes cristianas, la perfeccion mas sublime, las ciencias naturales y divinas, la estension del poder, la riqueza interior, el respeto y consideracion de los países estrangeros, hasta la magestad y cultura de la lengua, todo contribuyó en el siglo diez y seis á elevar á la monarquía española al mas alto grado de prosperidad y grandeza á que puede aspirar una nacion. Bajo el gobierno de dos principes, cuya primera atencion era proteger á la Iglesia, se vieron levantar prelados distinguidos por su santidad y sabiduria; sacerdotes poderosos en obras y palabras; misioneros celosos,

(1) Discurso sobre la cuarta edad de la Iglesia.

... y cida de todo lo que se ha escrito en esta obra. En los libros de Berault y Henrion, que comprenden la época del largo y feliz reinado de Felipe II, si bien hemos procurado aclarar el cortísimo número de hechos pertenecientes a España que toca casi superficialmente nuestro historiador, nos abstuvimos de multiplicar las notas que hubieran sido necesarias para dar una idea de esta parte de la Historia Eclesiástica de España, acaso la más fecunda en sucesos y personajes eternamente memorables y la más gloriosa de nuestra patria, ya porque hubiera sido preciso mezclar confusamente las noticias de nuestra nación con las que de otros países refiere el autor, ya porque juzgamos más á propósito presentarlas todas reunidas al fin de este tomo por modo de apéndice. No pretendemos, sin embargo, trasladar aquí todas las memorias civiles y eclesiásticas de aquel tiempo, sino pintar solamente el carácter del siglo de oro de España, y hacer ver que su felicidad y gloria nacieron de la constante adhesión del monarca y de todos sus súbditos á la Religión católica, apostólica, romana, y de su firmeza en oponerse y rechazar todo género de errores.

ó mas bien verdaderos apóstoles, que extendieron con su predicacion y milagros el reino de Jesucristo hasta los últimos confines del orbe; cenobitas fervientes que supieron restablecer las órdenes religiosas en su primitivo esplendor; y en una palabra, ministros perfectos en todos los grados de la gerarquía sagrada, que honraron á la Iglesia con su virtud y doctrina. El sublime genio del gran cardenal Jimenez de Cisneros, transmitido á sus sucesores en la Iglesia y en el Estado, produjo aquel número portentoso de sabios que admiró entonces y admira aun la Europa y el universo entero. Los concilios y las asambleas políticas reconocieron en los españoles del siglo diez y seis otros tantos maestros y doctores en las ciencias eclesiásticas y profanas; y la innumerable multitud de obras de todo género que se publicaron entonces en la península es la prueba mas auténtica de la sabiduria de nuestros mayores. No se hicieron menos célebres los españoles en este siglo por sus virtudes militares que por su saber y religiosidad. Las legiones de la península estendidas por el imperio y por Italia, durante el reinado de Carlos V, fueron el mas firme apoyo de este emperador, y la única fuerza con que logró desbaratar repetidas veces la poderosa liga de Smalcalda y sostener el trono imperial; al mismo tiempo que otros guerreros sometian al cetro de España las vastas regiones de Méjico y del Perú. Francisco I de Francia preso en Madrid, Federico de Sajonia aprisionado en Mulberga, y el pirata Barbaroja derrotado en Tunes, demuestran mas que cualquiera discurso cuál era el poder y heroísmo de los generales y almirantes de España. Este mismo valor y heroicidad aparecieron todavía mas brillantes en el reinado de Felipe II; y los campos de San Quintín y las aguas de Lepanto conservarán eternamente la memoria de la nacion que ocupó por espacio de un siglo entero el primer puesto entre todas las potencias del mundo. La decadencia del imperio otomano, ó al menos su reduccion á un estado pacífico y á la renuncia de nuevas conquistas, principió en el momento en que el inmortal D. Juan de Austria acometió y destruyó la primera de sus naves en el golfo de Corinto; y si no sufrió despues igual suerte la cismática Inglaterra, y

si los rebeldes de Holanda lograron establecer su república, debe sin duda atribuirse al naufragio que padeció la armada llamada *invencible*, y á los pantanosos bosques de la Zelanda donde se vió precisado á esconderse mas de una vez el príncipe de Orange para reorganizar sus fuerzas y las de sus aliados, batidas en todos sus encuentros con los españoles. Pero basta haber insinuado esta parte de nuestras glorias, que se pueden ver mas detalladamente en los historiadores de aquella época, y que solo hemos mencionado como una prueba sensible de lo que nos propusimos manifestar. Pasemos ya á describir el carácter de las personas y los hechos que pertenecen propiamente á la Historia Eclesiástica, en cuya descripción nos ceñiremos solamente á lo que omitió Beaurault para evitar así repeticiones fastidiosas. De consiguiente, las noticias de la vida y acciones del emperador y rey Carlos V, y de los ilustres Santos Ignacio de Loyola, Francisco Javier y Francisco de Borja, y de la esclarecida doctora Teresa de Jesus, referidas ya por nuestro historiador, no tendrán lugar en este apéndice, sino en cuanto sea preciso recordarlas para el mas fácil conocimiento de las que insertemos.

La solemne renuncia que en Bruselas hizo Carlos V de los Estados de España y Flandes á favor de su hijo, colocó á Felipe II en el trono para hacer brillar en él las admirables cualidades de que le habia dotado la naturaleza, y que eran ya conocidas en la mayor parte de sus dominios. En efecto, nacido este monarca en Valladolid en 1527, educado por eclesiásticos sabios y guiado por las verdaderas máximas de la Religión, quiso y consiguió ostentar el renombre de Católico con que se honraron los primeros reyes de Leon y Castilla, que confirmó Inocencio VIII en D. Fernando y doña Isabel, y que despues han heredado todos los monarcas españoles. Carlos V, que veia en su hijo un príncipe sagaz y prudente, confióle en su juventud los negocios del Estado, mientras que sus armas victoriosas se ocupaban en sujetar los rebeldes de Alemania. Supo desde entonces el jóven príncipe granjearse el amor de sus gobernados, y dióles en aquellas circunstancias una prueba de que si llegaba algun dia á subir al trono, reinaria con gloria. Habia sido jurado sucesor á la

corona en las Cortes celebradas en Madrid en 1528 por todos los Estados del reino: en 1543 lo fué por las de Zaragoza y Barcelona, á donde pasó Felipe acompañado de su padre, y en el mismo año contrajo matrimonio con doña Maria, princesa de Portugal. Cinco años despues celebró Cortes en Monzon, en las que nombró por cronista del reino de Aragon al célebre Gerónimo Zurita, nombramiento tan acertado como lo comprueban los Anales que publicó este historiador, tan apreciables y apreciados siempre por su veracidad, elegancia y pureza de lenguaje. Concluidas las Cortes de Monzon, convocó el príncipe las de Castilla en Valladolid, en las que manifestó la precision que le imponia su augusto padre de ausentarse de España, prometiendo empero que volveria dentro de poco tiempo, y que en su ausencia gobernaria su primo-hermano Maximiliano de Austria. Entristeció á toda la nacion esta circunstancia que se miraba como una calamidad, y llegó á presumirse que el emperador, tal vez mas amante de Borgoña que de España, trataba de elevar á D. Felipe al imperio. Hubo con este motivo algunas disensiones; mas el príncipe supo apaciguarlas con su acostumbrada prudencia, sin dejar de cumplir las órdenes de su padre. Cumplió tambien la promesa que hizo á sus españoles, regresando efectivamente pocos años despues á la península, donde recibió el juramento de fidelidad en las Cortes de Navarra.

En este intermedio murió el niño rey Eduardo de Inglaterra, y fué proclamada sucesora de aquel reino Maria, hija de Enrique VIII, de cuya circunstancia se aprovechó el emperador para procurar á su hijo un nuevo título de aumentar sus dominios, proponiéndole en matrimonio á aquella princesa, que podia reparar con ventajas la pérdida que lloraba Felipe de su primera esposa Maria de Portugal. Efectuóse el nuevo enlace en Londres con la mayor magnificencia y con general aplauso, y se firmó al mismo tiempo la paz entre el emperador y Enrique II de Francia. Principiaba ya entonces Carlos V á meditar la abdicacion de sus inmensos dominios, y resolviéndose por fin á dar al mundo este ejemplo inaudito de magnanimidad y de celo por su salvacion eterna, llamó desde Bruselas á su hijo que se hallaba aun en Londres, y á pro-

sencia de todos los Estados de los Países-Bajos, y de un extraordinario concurso de embajadores, grandes y nobles, le cedió el dominio de la Borgoña, de Flandes, y por fin de la corona de España, creándole en el mismo acto con toda solemnidad gran maestro de la orden del Toison de Oro. Fué mirado Felipe desde luego como el mas poderoso monarca de su siglo: además de las coronas de España, Nápoles, Sicilia y de los Países-Bajos, poseía el ducado de Milan y el Franco-Condado; su autoridad estaba reconocida en Tunez, en Oran, en Cabo Verde y en las islas Canarias; como esposo de la reina de Inglaterra tenia en su mano las fuerzas de aquel poderoso reino; y las posesiones del Nuevo-mundo que él mismo supo aumentar le daban inmensas riquezas. Se le ha querido comparar algunas veces con su propio padre; pero á decir verdad, ni como guerreros ni como políticos, pueden parangonarse estos dos monarcas. Carlos aventajó á su hijo en los talentos militares; pero Felipe sabia manejar con tal acierto los negocios de Estado, que desde su gabinete mandaba sus ejércitos y se hacia temer de sus enemigos no menos que Carlos al frente de sus tropas. En una palabra, por su política y habilidad mereció el renombre de prudente que le han tributado los escritores imparciales de su vida.

Habia empuñado el cetro en un corto intervalo de paz, que se recibió en Europa como feliz presagio de la total estincion de las pasadas turbulencias; pero estos auspicios no tuvieron muy larga duracion. Enrique II de Francia violó en 1556 la tregua de Vauxelles, firmó un nuevo tratado de alianza con la Santa Sede contra Felipe, y volvió con este motivo á encenderse la guerra en Italia y en los Países-Bajos; mas ésta, que se miró como una calamidad, sirvió para dar á conocer el carácter eminentemente religioso del monarca español. Cuando el Papa Paulo IV se declaró abiertamente contra él, mostró una moderacion que admiró á sus mismos enemigos. El respeto de Felipe á la Santa Sede se habia fortificado con la edad, de suerte que á pesar de haberle asegurado los teólogos que podia, sin faltar á las obligaciones de cristiano, ponerse en estado de defensa y aun prevenir los efectos de la conducta hostil de sus contrarios, rehusó por mucho tiempo tomar medida algu-

na aguardando siempre que Paulo IV entraria en el camino de la paz y de la concordia; pero al fin se vió obligado á tomar las armas y salir á campaña. El duque de Alba, uno de los mas valientes capitanes de su siglo, invadió los Estados Pontificios despues de haber apurado todos los medios de conciliacion, y no logró firmar treguas con el Pontífice hasta que sus tropas victoriosas llegaron á las puertas de Roma, en cuyas circunstancias se manifestó de lleno la religiosidad del invicto general y de su soberano. No existian dentro de Roma mas que dos mil franceses mandados por Montluc, mientras que el vencedor contaba con un ejército de diez mil hombres acostumbrados ya á conquistar plazas mas fuertes. Sin embargo, el duque de Alba, conformándose con las instrucciones que recibiera de su príncipe, fué el primero en pedir y ofrecer la paz al Papa.

Luego que supo Enrique II que habia accedido el Pontífice y firmado la tregua con los españoles, resolvió seguir por sí mismo la guerra, y con este objeto envió á Italia al duque de Guisa con un poderoso ejército, á pretexto de socorrer al Papa á quien suponía oprimido por las circunstancias. Por otra parte, el general francés Coligni se presentó en las fronteras de Flandes, y se principió la lucha con mas furor que nunca. Pero esta guerra que tanto habian provocado los franceses, fué acaso la mas gloriosa de cuantas hasta entonces habia sostenido España; y la memorable jornada de San Quintin con todas sus consecuencias, que describimos ya en su lugar, obligó al obstinado Enrique á solicitar y admitir las condiciones de paz que quiso imponerle el vencedor. Los demas príncipes de Europa, que deseaban restablecer el buen orden en sus Estados alterados por las continuas guerras, contribuian á que aquella se firmase, escepto la reina de Inglaterra, que sin alegar otro derecho que el de las armas, pretendia que se le volviese la ciudad y puerto de Calais que habian reconquistado poco antes los franceses. Creia Felipe no deber oponerse á la voluntad de su esposa, y con este motivo quedaron paralizadas por algun tiempo las negociaciones, hasta que habiendo acaecido la muerte de doña Maria de Inglaterra, Felipe y Enrique depusieron las armas y se juraron una amistad

eterna, y para mayor garantía de esta nueva alianza, Enrique dió á Felipe por esposa á su hija la infanta doña Isabel. Desde aquel momento ambos monarcas se ocuparon en reparar los daños que habian ocasionado las continuas guerras.

Entretanto la doctrina de Lutero habia cundido en Flandes, en Francia y aun en España; era de grande importancia el desterrarla, pero era preciso valerse de grandes medidas, porque tenia poderosos partidarios; partidarios que con las armas en la mano esparcian el terror y la desolacion por todas partes. Enrique estableció en sus dominios un tribunal para que procurase convencer con moderacion á los estraviados; pero Felipe, que preveia el incremento que iban á tomar, creyó que debia usar del mayor rigor para estirpar la heregia. El duque de Alba en Flandes, y la Inquisicion en España fueron los ejecutores de las órdenes de Felipe; y mientras Enrique probaba todos los efectos de la guerra civil, Alba consiguió aterrorizar el luteranismo en Flandes, y don Fernando Valdés, inquisidor general y arzobispo de Sevilla, estinguirle en España. Bien es verdad que se sacrificaron innumerables victimas, pero era necesario, segun el sentir de los mas juiciosos historiadores, usar de un rigor sin limites para preservar á los pueblos de las que les preparaba el fanatismo de los luteranos; y esto es sin duda lo que ha movido á los escritores protestantes á llamar á Felipe vengativo, inflexible, sanguinario, y tambien hipócrita, llegando al delirio de darle el nombre de *diablo del mediodía*; pero digan lo que quieran, si Felipe mandó levantar tantos castillos, fué solo para impedir que la impiedad levantase los que estaba preparando contra los verdaderos creyentes. Sin embargo, debemos manifestar que iguales medidas produjeron diferentes efectos en Flandes y en España. En aquellos Estados no bastó el castigo de millares de hereges, mientras que en nuestro suelo algunos autos de fé celebrados en Sevilla y Valladolid devolvieron la paz á la Iglesia. Mas como en tales circunstancias suele tambien verse oprimida la inocencia por la mano atroz de algun envidioso ó malvado, no es extraño que el virtuoso y sabio prelado don Bartolomé de Carranza, arzobispo de Toledo, fuese entonces victima de la calum-

nia, y perdiese la gracia de Felipe sin poder triunfar de sus enemigos hasta despues de su muerte.

Restablecida ya la paz, pudo dedicarse el monarca á labrar la felicidad de sus pueblos, y esta fué sin duda una de las épocas mas florecientes de su reinado. La agricultura, las artes, y en particular las ciencias, volvieron á cobrar todo su vigor. Trabajando siempre en su gabinete, supo elegir buenos ministros, excelentes directores, sabios y virtuosos prelados, y logró, en fin, establecer una justa y sabia administracion en todos sus dominios. La milicia, gobernada por grandes capitanes, se hallaba en un estado imponente, y todo caminaba con un orden que aseguraba la paz y la comun felicidad. Existian, no obstante, algunos enemigos exteriores que incomodaban á los católicos de Flandes y de Sicilia, siendo uno de estos el célebre pirata Dragut, cuyo solo nombre inspiraba mas terror que el de Barbaroja, y que apoyado por la Francia habia subyugado ya casi toda la Corcega, á pesar de la paz de Chateau-Cambresis. Felipe encargó al duque de Medinaceli, virey de Sicilia, una expedicion contra Trípoli, que era la principal guarida de Dragut; mas tuvo un éxito desgraciado, y esta fué seguramente la vez primera que la suerte se mostró contraria á las armas de Felipe. Hizo otras tentativas, pero sin mas fruto que el del desmembramiento de las tropas expedicionarias; hasta que por último el célebre Francisco de Mendoza, con el socorro de los portugueses y de los caballeros de Malta, atacó y desbarató la armada naval de los infieles.

Las miras del monarca español en favor de la Religion católica se estendian aun mas allá de sus Estados. Así, para contener á los hugonotes de Francia, que hacian grandes progresos, envió una embajada á Catalina de Médicis, regenta de Francia por la muerte desgraciada de Enrique II, á fin de que no confriese empleo alguno á tal clase de gentes, nacidas, segun espresion de un historiador, *para trastornar todo lo divino y humano*. Pediale igualmente que recibiese los decretos del concilio de Trento, que él mismo habia recibido y mandado observar en todos sus reinos; pero como el interés de la regenta de Francia se reducía á entretener los diversos partidos,

favoreciendo alternativamente á unos y á otros para no ser oprimida por ninguno de ellos, salieron frustradas las esperanzas de Felipe. La heregia triunfaba en Francia, y aun cundia en otros países. Habia llegado en Flandes á tal extremo la perversidad, que apenas podia encontrarse remedio humano capaz de curarla. Pio IV, sucesor de Paulo IV, no omitia medio para hacer cesar tantos males. Dispuso este celoso Pontífice, entre otras cosas, que las iglesias de España contribuyesen al rey con un subsidio para la guerra, y á fin de que se armasen sesenta galeras para arrojar de nuestras costas á los piratas mahometanos, aunque Felipe se habia anticipado ya en estos preparativos, espendiendo para ello enormes sumas. Tan infatigable este monarca en los negocios públicos, como hábil en la política, observaba con dolor que volvía á sembrarse la mala semilla en Flandes, causa de las grandes desgracias que despues sobrevinieron. Quiso, pues, repararlas, y erigió á este fin la universidad de Douai, bajo las mismas leyes y constituciones que la de Lovaina, lo cual consiguió poner un dique, ó á lo menos detener por entonces los proyectos de los calvinistas.

La época desde 1563 hasta 1581 fué tan fecunda en grandes sucesos, que seria interminable referirlos todos; nos contentaremos solamente con insinuar algunos de los principales. Tales son la total espulsion de los moriscos de España; el descubrimiento, conquista y conversion al cristianismo de las islas llamadas Filipinas, empresa que se cometió al virey de Méjico don Luis de Velasco, y que llevó á cabo el almirante Miguel de Legaspi, natural de Vizcaya. Algunos religiosos de San Agustín, compañeros de Legaspi en aquella trabajosa navegacion, fueron los que introdujeron la Religion cristiana en los pueblos salvajes de Luzon y de Cebú, en cuya última isla edificaron la primera iglesia que tomó el nombre de una imagen del Niño Jesus que encontraron en ella, pérdida tal vez en la expedicion de Magallanes. El establecimiento de la Religion en aquellas islas fué como un preparativo de las grandes empresas que verificaron despues los misioneros españoles en las vastas regiones del Japon y de la China, y que continúan aun al presente en este último imperio. Por cuyo motivo no dudamos repetir lo que el continuador del

P. Mariana traslada en el capítulo diez del libro sexto de su historia, tomado del célebre Tomas Bozio: «desde que Adán tuvo hijos, dice, no ha habido nacion alguna que haya atraído á tantas naciones, tan diferentes en sus costumbres y en su culto, al conocimiento de la única Religion verdadera, ni que las haya reducido á la observancia de unas mismas leyes, como lo ha hecho la nacion española. Apenas podrá ninguno numerar la variedad de gentes y de costumbres enteramente opuestas entre sí que los españoles subyugaron á su imperio, á la Religion de Jesucristo y al culto de un solo Dios.»

Otros dos sucesos extraordinariamente ruinosos ocurrieron en el citado periodo, los cuales son mas propios de la historia civil, y pertenecen á aquella clase de hechos cuya verdad jamas se ha llegado á conocer perfectamente, quedando en parte oculta bajo un velo impenetrable. Tal fué principalmente la prision y muerte del principe don Carlos, á la que siguió despues la célebre causa del secretario de don Juan de Austria, Juan Escovedo, y la del ministro del mismo Felipe II, Antonio Perez. Pueden verse estos sucesos extraordinarios en la citada continuacion del P. Mariana, como tambien las nuevas guerras de Flandes, la conquista de Portugal y la desgraciada expedicion de la *Invencible* contra Inglaterra. Esta fatalidad, que llenó de consternacion á toda España, sirvió para que manifestase Felipe su genio superior á la adversidad. Su respuesta á los que le trageron la noticia fué: *yo no envié mi escuadra á pelear contra los vientos; y luego mandó á todos los obispos que tributasen gracias á Dios porque le habia conservado algunos restos de la armada.*

Mostrándose en todas ocasiones monarca generoso y padre de sus pueblos, empleó inmensas sumas en fomentar la agricultura y promover las artes, y dispuso tan particular proteccion á los sabios, que la aplicacion á las ciencias era el medio mas poderoso para obtener sus favores. Celoso de la grandeza y magestad del culto divino, edificó á su costa colegios, monasterios, iglesias y hospitales, y reedificó tan gran número de ellos, que seria obra muy prolija referirlos todos por menor. Uno de los colegios que mas honran su memoria fué el de los jesuitas, erigido en Madrid